

Utilizando una arqueología contemporánea para frenar el capitalismo acelerado

Recibido: 18/03/2023
Aprobado: 22/05/2023

RANDALL MCGUIRE
Universidad de Binghamton, Estados Unidos
rmcguire@binghamton.edu
ORCID: 0000-0003-4604-5688

RESUMEN

El gran mito intelectual de finales del siglo XX es que el siglo XXI iba a despertar en un mundo de fenómenos «pos»: posindustrial, poscolonial y, el más importante, poscapitalista. En este artículo me baso en argumentos que, desarrollados previamente a favor de una praxis de la arqueología, buscan desafiar el *statu quo* y frenar el capitalismo acelerado. Aunque me siento escéptico acerca de los grandes planes para cambiar el mundo, sugiero que podemos ralentizar en algo al capitalismo acelerado. Podemos hacer esto tanto en la práctica de la arqueología como en el mundo en general. Las contradicciones del capitalismo acelerado dan forma a la práctica de la arqueología tanto en la gestión de los recursos culturales como en la academia. Asimismo, también podemos utilizar la arqueología para confrontar las falacias ideológicas que apoyan, naturalizan y justifican las crecientes desigualdades en la riqueza. Este artículo demuestra cómo la arqueología puede revelar tales falacias en el estudio de los derechos de los trabajadores y la frontera entre los Estados Unidos y México.

Palabras clave: Capitalismo acelerado, praxis, arqueología de lo contemporáneo, fuerza laboral, fronteras.

Using a contemporary archaeology to slow down fast capitalism

ABSTRACT

The late twentieth century great intellectual myth is that the twenty-first century was going to awake into a world of «post» phenomena: postindustrial, postcolonial and, the most important, a postcapitalist world. This article builds on previously developed arguments in favor of an archaeological praxis that seek to challenge the *status quo* and slow down fast capitalism. Although I feel skeptic about big plans to change the world I suggest we can slow somewhat fast capitalism. This is something we can do both in the practice of anthropology and in the world at large. The contradictions of fast capitalism shape the practice of archaeology in the management of cultural resources and in the academia. We can also use archaeology to confront ideological fallacies that support, naturalize and justify growing wealth inequalities. This article proves that archaeology can expose those fallacies in the study of worker's rights and the U.S. – Mexican border.

Keywords: Fast capitalism, praxis, contemporary archaeology, work force, borders.

El gran mito intelectual de finales del siglo XX es que el siglo XXI iba a despertar en un mundo de fenómenos «pos»: posindustrial, poscolonial y, el más importante, poscapitalista. Sin embargo, el sociólogo Ben Agger (1989, 1997, 2004) sostiene que no vivimos en un mundo poscapitalista, sino en un mundo de capitalismo exagerado o capitalismo acelerado. Más recientemente, el monumental trabajo del economista Thomas Piketty (2014), *El capital en el siglo XXI*, ha redirigido la investigación económica al estudio de la riqueza y el capital. Su trabajo sustenta la observación fundamental de Karl Marx de que los procesos del capitalismo tienden a aumentar las desigualdades en la riqueza y la propuesta de Agger sobre que los procesos del capitalismo poco han cambiado en el siglo XXI. Sobre la base de mis trabajos previos, en este artículo propongo una praxis de la arqueología que desafíe al *statu quo* y ralentice el capitalismo acelerado (McGuire 2008). Mi reflexión tiene dudas sobre los grandes esquemas que esperan cambiar el mundo, pero sugiere que podemos impedir en algo el proceso del capitalismo acelerado. Podemos hacer lo anterior tanto en la práctica arqueológica como en el mundo en general. Las contradicciones del capitalismo acelerado dan forma a la práctica de la arqueología, pero también podemos usar la arqueología para desafiar las falacias ideológicas que sustentan, naturalizan y justifican las crecientes desigualdades en la riqueza.

Desigualdad y capitalismo acelerado

El capital en el Siglo XXI repasa la evolución de la desigualdad en Occidente desde el siglo XVIII hasta el comienzo de la revolución industrial. Piketty (2014) argumenta que los altos niveles de desigualdad caracterizaron a la sociedad europea occidental de los siglos XVIII y XIX. La riqueza privada concentrada en manos de las familias ricas reducía el ingreso nacional y sustentaba una rígida estructura de clases. La industrialización aumentó paulatinamente los salarios de los trabajadores, aunque no cambió significativamente las relaciones de clase fundamentales ni los niveles de desigualdad. Se necesitó el caos de la Primera y Segunda Guerra Mundial y la Depresión para interrumpir este patrón. De 1918 a 1945, los altos impuestos, la inflación, las bancarrotas y el crecimiento de los estados de bienestar en expansión hicieron que la riqueza se redujera drásticamente y dieran paso a un período en el que tanto los ingresos como la riqueza se distribuyeran de manera más igualitaria.

Sin embargo, las crisis de principios del siglo XX (que se había iniciado en la década de 1970) comenzó a desvanecerse y la desigualdad económica se reafirmó. Piketty sostiene que en el siglo XXI las economías modernas han retornado prácticamente a los mismos altos niveles de riqueza y desigualdad de ingresos que analizó Karl Marx en la segunda mitad del siglo XIX.

Estas observaciones encajan muy bien con el argumento de Agger (1989, 1997, 2004) sobre que el capitalismo acelerado domina el mundo en el que vivimos. Un mundo en el que los procesos económicos están basados en el trabajo asalariado y la propiedad privada. El capitalismo actual, por otro lado, es una forma de capitalismo rápido e intensificado, que tiene una influencia significativa sobre la población mundial a diferencia de cualquier otro período de la historia. El mundo de hoy se presenta como una sociedad mucho más capitalista que la de la época de Marx a mediados del siglo XIX. Por esos tiempos, solo en Europa predominaba el trabajo asalariado y la propiedad privada. Luego, el capitalismo se expandiría en el mundo incorporando regiones no capitalistas. Hoy en día, ningún rincón del mundo se encuentra prácticamente fuera del control del capitalismo. Ahora este se expande penetrando en todos los aspectos de la vida social.

Respecto a la globalización, esta no es nueva ni única. De hecho, el capitalismo comenzó como un fenómeno global (Lee 2012, Wallerstein 2000). Lo que ha cambiado es la velocidad del capitalismo global. La rápida proliferación de tecnologías de la información, que abarcan ordenadores, programas informáticos, satélites, fibra óptica e internet, ha provocado una metamorfosis revolucionaria en la topografía económica mundial. Estas expansiones aceleran el capitalismo tanto en términos de velocidad como de alcance. Los avances en el transporte, ejemplificados por los buques portacontenedores, permiten la producción de productos básicos en cualquier parte del mundo donde la remuneración sea mínima. Además, las nuevas tecnologías de la información facilitan la prestación de servicios técnicos, administrativos e incluso profesionales con la remuneración más modesta. Para generar ganancias, las empresas deben reducir tanto las remuneraciones como los gastos generales. Los trabajadores que se niegan a aceptar la reducción de sus ingresos sufren el desempleo debido a la dispersión mundial de las industrias completas. El ímpetu por suministrar todos los bienes y servicios al menor costo posible fomenta la hipercompetitividad, lo que lleva al deterioro de los derechos y privilegios de los trabajadores y a la proletarización de las ocupaciones profesionales, incluida la arqueología.

El capitalismo acelerado prolifera a través de la infiltración generalizada de todas las facetas de la sociedad para generar nuevas demandas. Los principales capitalistas de los ámbitos del comercio, la academia y la gobernanza defienden el espíritu de la hipercompetencia para establecer los principios del mercado como la norma suprema para todas las interacciones comunitarias. Evalúan todas las relaciones sociales a través del «costo-beneficio», y por el resultado final de sus ganancias. Su éxito corroe los marcos morales y los programas políticos orientados a la sociedad (Holmes 2000). El capitalismo acelerado ataca los valores y las relaciones sociales que crearon y sustentaron la arqueología. Así, la hipercompetencia deja poco espacio para la vida intelectual que no produce ganancias (Siegel 2006). La camaradería y el interés compartido del trabajo de campo arqueológico no generan ganancias. El capitalismo acelerado socava las relaciones de aprendizaje y perfeccionamiento y aplasta a la comunidad de investigadores de la arqueología a la cual nos hemos sentido atraídos la mayoría de nosotros. La búsqueda de ganancias de los capitalistas transforma el conocimiento arqueológico y la educación en mercancías que se producen al costo más bajo y se venden en un mercado competitivo. No es de extrañar que los arqueólogos se sientan confundidos y alienados.

La arqueología, como disciplina, es conocida por servir a los intereses de clases sociales específicas. Además, como profesión u ocupación, posee su propia jerarquía de clases (McGuire y Walker 1999). A lo largo de su historia, la arqueología ha sido practicada predominantemente por miembros de la clase media y ha atendido a sus necesidades. Por clase media no me refiero a ingresos medios, sino a una posición de clase que existe entre la clase propietaria y la clase trabajadora. Esta clase media está conformada por profesionales, gerentes, administradores y educadores que trabajan para los propietarios y el Estado. A su vez, supervisan, dirigen, organizan, educan, administran, contratan y despiden a la clase trabajadora.

La corrosión del capitalismo acelerado ha alcanzado tanto a la academia como a la arqueología de contrato. El reducido financiamiento público para la educación universitaria y la hipercompetencia entre empresas de arqueología de contrato socavan el oficio de la arqueología y lo reemplazan con principios de mercado de flexibilidad, competencia y ganancia. De manera creciente, la disciplina arqueológica depende de un proletariado de asistentes de profesores, auxiliares y técnicos de campo que las universidades y las empresas de contrato explotan cada vez más (McGuire y Walker 1999, Schott 2006).

Sin embargo, es posible poner fin a la aceleración del capitalismo a través de la praxis (McGuire 2008). La praxis, en este contexto, denota la capacidad claramente humana de construir y transformar intencional y creativamente tanto a nosotros mismos como al mundo que nos rodea. En su nivel más básico, la praxis se caracteriza por una acción basada en la comprensión teórica. Para abrazar plenamente la praxis, las personas deben reconocer los conceptos fundamentales de posibilidad y cambio. Cuando la praxis se emplea para defender los intereses de los marginados y oprimidos por encima de los de los dominantes, se convierte en una práctica emancipadora. La praxis implica un proceso de obtención de conocimiento del mundo, generación de crítica de este y acciones para cambiarlo. La praxis implica una compleja dialéctica entre sus tres partes. La acción sin conocimiento corre el riesgo de cometer errores, fracasos, insensateces y consecuencias perniciosas. Sin embargo, el conocimiento lo generan las personas en entornos sociales, culturales y políticos que inevitablemente influyen y dan forma a sus actividades creativas, y es imposible comprender el mundo más allá de estos contextos. Mediante la autorreflexión o la crítica, las personas pueden evaluar eficazmente el valor de la creación de conocimiento, la alineación del conocimiento con nuestras observaciones empíricas y el impacto de las fuerzas sociales, culturales y políticas en la producción de conocimiento. La acción proviene del conocimiento y la crítica y, en consecuencia, la acción transforma el mundo, lo que exige la producción y la crítica continuas del conocimiento.

¿Qué podemos hacer? Dos ejemplos de arqueología contemporánea: fuerza laboral y fronteras

El capitalismo acelerado implica una experiencia material y sensorial en el tiempo. El oficio de la arqueología está involucrado tradicionalmente con lo material, lo sensorial y lo temporal (Shanks y McGuire 1996). Por lo tanto, podemos usar métodos arqueológicos para estudiar, comprender y frenar el capitalismo acelerado. La arqueología del capitalismo acelerado forma parte de una creciente discusión arqueológica sobre el mundo contemporáneo (Harrison y Schofield 2010, McAttackney y Penrose 2016). La arqueología de lo contemporáneo nació en la década de 1970 y ha emergido como una práctica de investigación distintiva en el siglo XXI. Esta arqueología se centra en la dinámica de la materialidad y la experiencia sensorial del mundo moderno.

La actividad de la excavación arqueológica hace visible lo invisible. La excavación también cultiva un sentido de escepticismo en el arqueólogo hacia la mera superficialidad de las cosas. Así, están capacitados para observar con sumo cuidado, mirando más allá de la fachada exterior y ofreciendo una perspectiva diacrónica de los acontecimientos contemporáneos. De esta manera, el estudio de artefactos antiguos e inanimados ha requerido el desarrollo de metodologías para comprender la condición humana en ausencia de evidencia discursiva. Cuando estas metodologías se integran con la historia y la etnografía, ofrecen un punto de vista distinto sobre el rápido ritmo del capitalismo.

La arqueología de lo contemporáneo estudia el paisaje moderno como proceso material. Las metodologías arqueológicas permiten revelar detalles intrincados en medio del desorden percibido en el mundo materialista contemporáneo. Este examen exhaustivo ilumina la compleja interacción que comparten el materialismo, las relaciones sociales, la significación y la agencia. La participación experiencial en los procesos materialistas implica una relación dialéctica entre el mundo material y la agencia humana. Si bien los seres humanos son los creadores de los objetos, estos —a su vez— ejercen una influencia sobre los seres humanos, permitiendo o restringiendo su potencial agencia. Por lo tanto, la agencia humana sirve como una fuerza transformadora en la materialidad, y viceversa. Mi propio trabajo ha aplicado una arqueología contemporánea del capitalismo acelerado a la fuerza laboral y a las fronteras.

Fuerza laboral

El capitalismo acelerado ha erosionado y reducido los derechos de los trabajadores de los Estados Unidos, como se muestra en las estadísticas del Departamento de Trabajo. La mayoría de los trabajadores ahora laboran principalmente menos de 40 horas a la semana (son a tiempo parcial), trabajan sustancialmente más (horas extras forzadas) o, lo que es peor, trabajan en otras múltiples ocupaciones a tiempo parcial con un total de más de 40 horas a la semana. La disminución de la proporción de empleados que reciben seguro médico de sus empleadores comenzó en la década de 1980 y ha persistido hasta el día de hoy. Durante las últimas tres décadas, la cantidad de trabajadores que obtienen vacaciones pagadas y la duración de las mismas han disminuido. Del mismo modo, los trabajadores disponen de menos días de vacaciones de los que se les ofrecen. La única novedad positiva para los

empleados durante este período se refiere a su seguridad, que ha mejorado gracias a la reducción del número de muertes y lesiones en el lugar de trabajo. Sin embargo, esto solo puede atribuirse a la importante disminución de la industria pesada durante el mismo período. No obstante, como lo demostraron los desastres mineros en la mina de Sago en el 2006 y en la mina Upper Big Branch en el 2010, las empresas siguen exponiendo a los trabajadores a riesgos evitables para aumentar sus beneficios. Los sindicatos se interponen en el camino del capitalismo acelerado. Así, a partir del 2022, solo el 10.3 % de los trabajadores pertenecían a sindicatos, una reducción de más del 50 % desde 1973, cuando el 24 % de los trabajadores estadounidenses pertenecían a sindicatos (US Bureau of Labor Statistics). Entonces, no es una coincidencia que entre 1973 y 2015 los salarios reales de la clase trabajadora en los Estados Unidos decayeran un 31 %.

No debería sorprendernos que los defensores del capitalismo acelerado y quienes se benefician de él busquen eliminar los sindicatos. Esta oposición se basa en una premisa errónea, a saber, que los sindicatos son un anacronismo y que los trabajadores ya no los necesitan, ya que las empresas ofrecen beneficios y el Gobierno los protege de la explotación. Este argumento falaz se ha empleado para justificar la legislación federal promulgada en la última década, que restringe gravemente la capacidad de los sindicatos para organizar a los trabajadores. Numerosos Gobiernos estatales, como los de Wisconsin, Iowa, Indiana y Ohio, han utilizado esta falsa justificación para privar a los trabajadores públicos de su derecho a la negociación colectiva.

La arqueología contemporánea puede revelar la duplicidad de esta mentira y hacer tangibles las luchas históricas de las familias trabajadoras. La arqueología revela que los derechos de los trabajadores se ganaron con sangre (McGuire 2014). La arqueología también ofrece un campo muy productivo para que los arqueólogos examinen las relaciones entre la conciencia social, la experiencia vivida y las condiciones materiales en la lucha de clases. La adquisición de datos exhaustivos y metódicos sobre la existencia doméstica cotidiana y las empresas profesionales de las familias trabajadoras es una hazaña difícil para los investigadores. Sin embargo, los arqueólogos pueden combinar documentos probatorios y artefactos tangibles para describir tanto las circunstancias físicas como las humanas que moldearon la participación real de estas familias trabajadoras. En estos documentos, las personas divulgan sus principios, inclinaciones y dificultades, aunque no todas las personas lo hacen con la misma intensidad o prevalencia. Además, sus descripciones

de la vida cotidiana rara vez se detallan. Es a través de la acumulación de acciones diminutas que constituyen su forma de vida que los individuos generan el registro arqueológico. Por lo tanto, el registro arqueológico se compone principalmente de los restos de la vida mundana de las personas, siendo que todas las personas dejan huellas en este registro material.

Durante la mayor parte de la historia de los Estados Unidos, las familias trabajadoras se levantaron para luchar por los derechos laborales, se desangraron y murieron en huelgas, bloquearon fábricas y realizaron mítines sindicales y marchas de protesta. Los conflictos laborales y los conflictos relacionados han demostrado ser un desafío para el examen arqueológico debido a su tendencia a dejar escasa evidencia física. Sin embargo, los investigadores de Ludlow (Colorado) han encontrado perspectivas excepcionales para analizar algunos de los acontecimientos más notables de la confrontación de clases sociales en la historia de los Estados Unidos (Larkin y McGuire 2009, Montoya y Larkin 2022). Nuestro trabajo surge de la comprensión de que los ataques contra los trabajadores se han intensificado a raíz del capitalismo acelerado y responde al renovado interés del movimiento obrero en estos eventos históricos. Más que cualquier otro trabajo arqueológico, nosotros revelamos la gigantesca mentira de que el capital les dio derechos de forma libre a los trabajadores.

Mis propias contribuciones a la arqueología y a la lucha laboral han sido realizadas con el Colectivo Ludlow y con el estudio arqueológico de la Guerra de la Mina de Carbón de Colorado de 1913-1914 (Saitta 2007, Larkin y McGuire 2009, Montoya y Larkin 2022). En abril de 1914, miembros de la Guardia Nacional de Colorado abrieron fuego con ametralladoras y rifles contra un campamento de huelguistas de United Mine Workers of America (UMWA) repleto de mujeres y niños. Los huelguistas entablaron un encarnizado altercado y mantuvieron un enfrentamiento extenso y prolongado que duró todo un día hasta que las tropas de la Guardia Nacional finalmente desmantelaron el campamento, cometiendo robos e incendios que diezmaron el lugar. Al disiparse el humo a la mañana siguiente, quedó inequívocamente claro que un total de 21 personas habían perdido la vida trágicamente. Entre las víctimas había dos mujeres y diez niños que murieron asfixiados dentro de un pozo excavado debajo de una de las tiendas quemadas por los soldados. Un niño de 11 años murió a causa de una bala de la Guardia Nacional que le atravesó el cráneo. Tras la masacre de Ludlow, los huelguistas enfurecidos atacaron y quemaron los asentamientos de la empresa y mataron a sus em-

pleados. Ellos asediaron a la Guardia Nacional de Colorado mediante dos campamentos. El conflicto se prolongó durante diez días hasta que las tropas federales restauraron el orden.

El sitio de la masacre de Ludlow ofrece una oportunidad única para utilizar la arqueología en la investigación de la lucha laboral (Larkin y McGuire 2009). Este sitio posee varias cualidades que lo hacen ideal para los fines de la excavación, a saber, su ocupación a corto plazo, que terminó a causa de un incendio, y el nivel mínimo de perturbación que se produjo después. Nuestro equipo realizó excavaciones en los restos del campamento incendiado de los huelguistas y del asentamiento de la empresa Berwind, donde residía la mayoría de los huelguistas antes de su llegada al campamento de Ludlow. En Berwind, procedimos a excavar depósitos que databan de antes y después de la huelga. Al ahondar en las complejidades de la vida cotidiana, logramos una comprensión más profunda de las razones que llevaron a las personas a declararse en huelga. Un análisis exhaustivo de la experiencia de los campamentos de UMWA nos permitió hacernos una idea de lo que implicaba la vida durante la huelga, mientras que un examen exhaustivo de los objetos que se utilizaban a diario después de ella nos permitió discernir la manera en que la experiencia se transformó como resultado de las reformas que se introdujeron luego de la huelga.

Las familias mineras en huelga en los yacimientos de carbón del sur de Colorado lucharon por obtener algunos de los derechos que ahora esperamos para los trabajadores. Ellos perseguían el objetivo de recibir una remuneración justa y equitativa por sus servicios. Exigían un salario razonable, insistían en que las organizaciones se abstuvieran de imponer mano de obra no remunerada y exigían una evaluación precisa de su contribución laboral. Los trabajadores exigieron a las empresas que cumplieran con las leyes laborales de Colorado, que salvaguardan su bienestar en las minas. Exigieron el uso de moneda para el pago, prohibiendo la remuneración en forma de facturas o crédito. Además, los trabajadores estipulaban un máximo de ocho horas de trabajo por día. Deseaban que las empresas dejaran de interferir en sus asuntos personales fuera de los locales de trabajo, a fin de poder decidir con autonomía dónde comprar, a qué clubes o asociaciones afiliarse, a qué literatura o entretenimiento dedicarse y con quién socializar durante su tiempo libre. Principalmente, aspiraban a tener la oportunidad de formar sindicatos y participar en la negociación colectiva.



FIGURA 1. En el sitio de la Masacre de Ludlow, Cecil Roberts, presidente de United Mine Workers of America, habla sobre nuestras excavaciones (Foto: Randall McGuire).

El sitio de la masacre de Ludlow es tierra sagrada para UMWA. Nosotros trabajamos de cerca en colaboración con el sindicato para revelar que las familias sindicales habían ganado sus derechos con sangre. Ofrecimos una conferencia durante la ceremonia conmemorativa anual de Ludlow y creamos una exhibición itinerante que fue a varios locales sindicales de los Estados Unidos Creamos una maleta pedagógica que se usó en las escuelas públicas de Colorado y en varios otros estados. Finalmente, desarrollamos señalización interpretativa para el sitio de la masacre (que es propiedad UMWA).

Fronteras

Una arqueología de lo contemporáneo también puede exponer y revelar las desigualdades y contradicciones del capital en el siglo XXI. Por ejemplo, los Estados capitalistas contemporáneos están construyendo murallas a un ritmo vertiginoso (McAttackney y McGuire 2020). Los Estados han levantado barricadas de alambre de púas, acero, ladrillo y concreto para brindar seguridad y fortalecerse contra terroristas, contrabandistas y migrantes indocumentados. Paradójicamente, la construcción de muros se está expandiendo en un mundo del siglo XXI que pretende derribar barreras y romper diferen-

cias esenciales para nuestra comprensión del mundo moderno. En primera instancia, en una economía capitalista globalizada, el creciente poder de las corporaciones internacionales, la creciente flexibilidad de los flujos de capital y el crecimiento de los medios de información globales ha estimulado el movimiento de ideas, objetos, riqueza, personas y conocimientos culturales compartidos. Sin embargo, estos movimientos también han generado inseguridades, incluido el miedo a la violencia y el temor nacionalista/chovinista hacia los «otros», que han llevado a la construcción de barreras en todos los niveles de la sociedad. En segundo lugar, los muros revelan cómo las personas negocian procesos globales a nivel local y en su contexto particular. Las personas construyen muros para restringir la agencia de los demás, aunque pueden generar mejores relaciones a través de los sentimientos de seguridad que tales muros materializan. A la vez, los muros facilitan las (re) acciones específicas con el sitio y los cambios provocados por el paso del tiempo y el consenso político que los constructores no podrían haber imaginado ni deseado.

Un análisis arqueológico del muro fronterizo entre los Estados Unidos y México, en la localidad de Nogales, ilustra tales puntos (McGuire 2013, 2015, 2017, 2018, 2020). Durante la mayor parte del siglo XX, las ciudades fronterizas de Nogales (Arizona) y Nogales (Sonora) formaron una única comunidad transnacional denominada Ambos Nogales. En la actualidad, los habitantes de Ambos Nogales recuerdan con nostalgia esta frontera como un cerco de madera entre vecinos. En 1994, la Patrulla Fronteriza de los Estados Unidos instigó oficialmente la política de control de inmigración conocida como «Prevención Mediante Disuasión». Esta política buscó forzar a los inmigrantes a salir de las ciudades e internarse en el desierto. Los Estados Unidos militarizaron la frontera para lograr este objetivo. Esta militarización ha resultado en miles de muertos, pero no ha detenido el flujo de inmigrantes indocumentados.

Como parte de esta militarización en Ambos Nogales, los Estados Unidos derribaron la valla de madera y levantaron un muro con elementos de acero para cerrar la frontera y evitar la migración indocumentada y el contrabando de drogas. El Gobierno de los Estados Unidos construyó un muro de 3 a 5 metros de altura hecho con esteras de aterrizaje procedente de excedentes militares y rematado con una protección anticáida de acero en ángulo. Esta política de «disuasión» utilizaba el entorno natural para poner en peligro a los indeseados inmigrantes (De León 2015). El muro obligó a los inmigrantes a internarse en

el desierto, donde corrían el riesgo de deshidratarse y morir, y donde eran más fáciles de ser capturados que en contextos urbanos repletos de personas.

Con varios cientos de migrantes muriendo cada año a consecuencia de la militarización, en los Estados Unidos aún se buscaba fortalecer más la barrera para detener a las miles de personas que cruzaban su frontera. En el 2011, Seguridad Nacional erigió un nuevo y más alto muro de postes valorizado en \$11.6 millones a lo largo de Nogales. Este muro más reciente de 7.5 a 10 metros de altura está rematado con láminas de metal que alcanzan los 1.6 metros de altura con el objetivo de desalentar a los escaladores, y está colocado sobre una base de hormigón de 2 a 3 metros de profundidad para obstruir los túneles. El muro en sí está construido con tubos de acero rellenos de concreto (bolardos), colocados a 10 centímetros de distancia entre sí para que los agentes en los Estados Unidos puedan ver posibles cruces o escaladores del lado mexicano.

En el 2018, una caravana de inmigrantes de varios miles de personas salió de Guatemala. Donald Trump usó la caravana como excusa para aumentar la xenofobia contra los latinoamericanos y activar su base para las elecciones de mitad del período del 2018. El día de las elecciones en noviembre, Trump ordenó al Ejército de los Estados Unidos que cerrara la frontera y colgara rollos de alambre de púas en el muro de bolardos. Las fronteras fueron reabiertas, pero el alambre de concertina aún cuelga de la pared, aunque ha sido cortado en muchos lugares por los inmigrantes indocumentados.

No todas las personas muertas por el muro perecen en el desierto. El muro de bolardos permite a los agentes estadounidenses ver en el lado mexicano y disparar sus armas hacia los inmigrantes. En octubre del 2012, un agente de la patrulla fronteriza en el lado estadounidense del muro de bolardos disparó y mató a un adolescente mexicano, José Antonio Elena Rodríguez, en el lado mexicano. La Patrulla Fronteriza afirma que José les tiraba piedras.

El dominio espacial de la frontera de Nogales sirve como medio para la compresión temporal en narraciones tangibles. Esta compresión atestigua las rupturas, las dislocaciones y la destrucción que surgen de las relaciones y los conflictos históricamente contingentes. A pesar de los esfuerzos concertados de los Estados Unidos y México para simplificar las relaciones a lo largo de la frontera y presentarla como una demarcación definitiva de espacios nacionales homogéneos, persisten espacios heterogéneos a lo largo de su extensión. Si bien las narrativas oficiales hacen hincapié en la creciente capacidad del Estado para regular la frontera, las narrativas fronterizas locales subrayan las



FIGURA 2. Muro de bolardos en Nogales, Sonora, a través del cual un agente de la Patrulla Fronteriza disparó para matar a José Antonio. El grafiti dice «Justicia para José Antonio» (Foto: Randall McGuire).

limitaciones de ese poder (Hämäläinen y Truett 2011, 348 y 360). Las personas que viven a lo largo de las fronteras enfatizan constantemente el cruce de la frontera y la transgresión de los esquemas simplistas de los Estados nacionales (Radu 2010, 414 y 430). La reelaboración política de la materialidad fronteriza transforma el espacio fronterizo, pero esta reelaboración también obliga a las personas a rehacer sus vidas.

El muro es el instrumento más visible de la militarización de la frontera por parte de los Estados Unidos, pero el muro no asegura la frontera. En los Estados Unidos construyeron el muro para limitar la agencia de los que cruzan. Sin embargo, el muro permite una agencia que los constructores no imaginaban ni deseaban, y los que cruzan continuamente crean nuevas formas de transgredir la barrera. La frontera material permite y limita la agencia de los habitantes de Ambos Nogales, al tiempo que rematerializa la frontera contraria a los intereses de los Estados soberanos. Esto, en consecuencia, impulsa

al Estado-nación a rematerializar nuevamente la frontera para contrarrestar esta violación.

Para finalizar, como he señalado al comienzo, sigo siendo escéptico con relación a los grandes esquemas para cambiar el mundo, pero sugiero que los arqueólogos contemporáneos pueden impedir en algo el proceso del capitalismo acelerado. Podemos hacer esto tanto en la práctica de la arqueología como en el mundo en general. Las contradicciones del capitalismo acelerado dan forma a nuestra práctica tanto en la arqueología por contrato como en la academia. También podemos usar la arqueología para confrontar las falacias ideológicas que sustentan, naturalizan y justifican las crecientes desigualdades en la riqueza que Piketty nos revela.

Referencias bibliográficas

- Agger, B. 1989. *Fast Capitalism: A Critical Theory of Significance*. Urbana-Champaign: University of Illinois Press,
- Agger, B. 1997. *Critical Social Theory: An Introduction*. Boulder: Westview Press.
- Agger, B. 2004. *Speeding Up Fast Capitalism: Cultures, Jobs, Families, Schools, Bodies*. Lanham: Rowman and Littlefield, Lanham.
- De León, J. 2015. *The Land of Open Graves: Living and Dying on the Migrant Trail*. Berkeley: University of California Press.
- Hämäläinen, P. y Truett, S. 2011. On Borderlands. *Journal of American History*, 95(2): 338-361.
- Harrison, R. y Schofield, J. 2010. *After Modernity: Archaeological Approaches to the Contemporary Past*. Oxford: Oxford University Press.
- Holmes, D. R. 2000. *Integral Europe: Fast-Capitalism, Multiculturalism, Neofascism*. Princeton: Princeton University Press.
- Lee, R. 2012. The Structures of Knowledge: Conceptualizing the Socio-Cultural Arena of Historical Capitalism. *Handbook of World-Systems Analysis* (pp. 104-111). New York: Routledge.
- Larkin, K. y McGuire, R. H. (Eds.). 2009. *The Archaeology of Class War: The Colorado Coalfield Strike of 1913-1914*. Boulder: University of Colorado Press.
- McAtackney, L. y McGuire, R. H. (Eds.). 2020. *Walling in and Walling Out: Why are We Building New Barriers to Divide Us?* Santa Fe: SAR Press.
- McAtackney, L. y Penrose, S. 2016. The Contemporary in Post-Medieval Archaeology. *Post-Medieval Archaeology*, 50(1): 148-158.
- McGuire, R. H. 2008. *Archaeology as Political Action*. Berkeley: University of California Press.
- McGuire, R. H. 2013. Steel Walls and Picket Fences: Rematerializing the U.S. - Mexican Border in Ambos Nogales. *American Anthropologist*, 115(3): 466-481.
- McGuire, R. H. 2014. Won With Blood: Archaeology and Labor's Struggle. *International Journal of Historical Archaeology*, 18: 259-271.
- McGuire, R. H. 2015. El muro de la frontera Estados Unidos-México y el detritus de la modernidad en Ambos Nogales (Arizona y Sonora). En F. Acuto y V. Salvi (Eds.). *Personas, cosas, relaciones reflexiones arqueológicas sobre las materialidades pasadas y presentes* (pp. 175-212). Quito: Ediciones Abya-Yala.
- McGuire, R. H. 2017. Muros de acero y cercas de madera: rematerializando la frontera entre Estados Unidos y México en Ambos Nogales. *Revista Arkeogazte/Arkeogazte Aldizkaria*, 7: 97-121.

- McGuire, R. H. 2018. Bearing Witness on the US-Mexico Border. *American Anthropologist*, 120(3): 541-542.
- McGuire, R. H. 2020. The Materiality and Heritage of Modern Forced Migration. *Annual Review of Anthropology*, 49: 175-191.
- McGuire, R. H. y Walker, M. 1999. Class Confrontations in Archaeology. *Historical Archaeology*, 33(1): 159-183.
- Piketty, T. 2014. *Capital in the Twenty-First Century*. Cambridge: Harvard University Press.
- Montoya, F. y Larkin, K. 2022. *Communities of Ludlow: Collaborative Stewardship and the Ludlow Centennial Commemoration Commission*. Boulder: University Press of Colorado
- Radu, C. 2010. Beyond Border «Dwelling»: Temporalizing the Sorder Space Through Events. *Anthropological Theory*, 10(4): 409-433.
- Saitta, D. 2007. *The Archaeology of Collective Action*. Gainesville: University of Florida Press.
- Shott, M. J. 2006. How Liberal Arts Colleges Perpetuate Class Bias. *Academe*, 92(5): 22-25.
- Siegel, D. J. 2006. Minding the Academy's Business. *Academe*, 92(6): 54-57.
- Shanks, M. y McGuire, R. H. 1996. The Craft of Archaeology. *American Antiquity*, 61(1): 75-88.
- Wallerstein, I. M. 2000. *The Essential Wallerstein*. New York: New Press.